

Las Corporaciones Transnacionales y la Paz en el Mundo

Desde las ancestrales guerras entre clanes rivales, hasta las modernas guerras tecnológicas entre naciones, los conflictos han sido una constante inseparable de la vida en sociedad. No importa cuántos siglos de civilización y progreso hayan transcurrido, los hombres continúan en una lucha frenética contra sus semejantes. Cualquier razón parece buena, justa y suficiente para legitimar una guerra. Y cuando no se puede justificar tampoco importa demasiado.

La obcecada permanencia de las guerras en las sociedades humanas nos obliga a preguntarnos si esto obedece a que el hombre o las sociedades humanas son inherentemente conflictivas. Una respuesta afirmativa podría llevarnos a creer que la anhelada *paz perpetua* es teóricamente imposible, ya que si el hombre tiene una tendencia natural hacia el mal, la guerra sería una enfermedad crónica (o cuando menos endémica). Por otro lado, si bien las guerras se resisten a desaparecer, los esfuerzos que se hacen a favor de la negociación, la mediación y la diplomacia con el fin de alcanzar soluciones pacíficas nos dan la esperanza para seguir creyendo que sea factible extirpar definiti-

vamente ese cáncer. Así, mientras la guerra parece ser una tendencia natural en el hombre, la paz, por el contrario, parece obedecer a un deliberado esfuerzo racional. La paz, entendida como la ausencia de guerra, necesita de ésta última para tener un significado propio. Esto explica de alguna manera la existencia de ese ciclo deprimente—alternando entre guerra y paz—que se ha repetido a lo largo de la historia: el hombre inicia las guerras por múltiples razones, hasta que cansado y horrorizado por sus atrocidades, opta finalmente por la paz. La paz se presenta así como una conquista del espíritu humano sobre sus propios impulsos.

Obviamente este escenario no es del todo satisfactorio. Sería más agradable creer—y no existe ninguna razón para pensar lo contrario—que esa tendencia natural que mencionábamos, pueda modificarse al mejorar el nivel de vida y la educación. De hecho, es alentador constatar que en los países desarrollados en los cuales se ha avanzado de manera significativa en estos aspectos, las guerras son prácticamente inexistentes. No obstante, las excepciones que persisten sugieren que dichas condiciones son necesarias más no suficientes.

Los sentimientos de repugnancia y aversión que provoca la guerra no siempre fueron tan populares como lo son ahora. Por mucho tiempo se creyó, con Heráclito, que la guerra es la madre de

Claudio Luján es estudiante en la Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Francisco Marroquín (claudiolujan@yahoo.com).

todas las cosas. Desde entonces la misma idea ha sido repetida en innumerables ocasiones a pesar de la devastación y el sufrimiento que han causado las guerras a lo largo de la historia. Se le proclamó como la gran espoleadora de la creatividad humana y el origen de los actos más sublimes. Se le han atribuido virtudes catárticas, y se afirmó que era indispensable para el progreso de la humanidad, así como para la salud y vitalidad de los pueblos, que en su ausencia están destinados al fracaso y la decadencia. Esta tolerancia hacia la guerra se prolongó durante siglos, durante los cuales se aceptó sin mayores reparos que la guerra era beneficiosa por sí misma. Los humanistas que se oponían a la violencia de la guerra, tan sólo esgrimían argumentos emocionales que resaltaban el sufrimiento que conlleva. Aunque quizás estos argumentos sean suficientes por sí mismos para rechazarlas, fueron poco convincentes a la hora de enfrentarse a la retórica de los militares y la demagogia chauvinista.

Algunos economistas cayeron incluso en la clásica falacia de la ventana rota¹ al afirmar que los efectos de la destrucción son en última instancia beneficiosos para la economía porque la reactivan al estimular la producción. Pero no se termina de comprender de dónde surgen los presuntos beneficios, ya que se trata precisamente de *producción para el reemplazo de la riqueza previamente destruida*. Debería ser obvio que cualquier destrucción de riqueza es una pérdida neta en términos de bienestar para la sociedad.

Sin embargo, no es sino hasta muy recientemente que las defensas públicas de la guerra han dejado de escucharse, y la guerra ha empezado a ser percibida, siguiendo las palabras de James Mill, como la mayor de las calamidades que puede visitar a una nación. Afortunadamente, los esfuerzos por alcanzar una paz

firme y duradera pueden buscarse más lejos en la historia. El más claro ejemplo, la *pax romana*, se prolongó durante dos siglos de relativa calma que permitió el florecimiento del comercio y la convivencia pacífica de diversas culturas. Un ejemplo más reciente, y que nos acerca a nuestro tema, se encuentra en la institución financiera transnacional como lo fue el imperio bancario de los Rothschilds. Los cinco hijos del fundador de la dinastía se repartieron en importantes ciudades europeas—Londres, París, Frankfurt, Viena, Nápoles—cada uno fundando y dirigiendo una rama bancaria. A lo largo del siglo XIX se vieron envueltos en inmensas actividades financieras, y sus intereses dispersos en toda Europa los convirtieron, a pesar de haber contribuido al financiamiento de la guerra de Crimea,² en verdaderos precursores de la función pacificadora de las Corporaciones Transnacionales (TNCs). La *East India Company*, por su parte, aparece como una de las primeras compañías privadas que desde el siglo XVII tenía sus intereses económicos desplegados geográficamente en distintos continentes, llegando a controlar hasta el 15% de las importaciones británicas. Los primeros antecedentes de las TNCs se remontan un siglo atrás con las empresas colonizadoras de Europa Occidental, principalmente Inglaterra y Holanda, aunque fue hasta el siglo XIX que empezaron a adquirir las características de las transnacionales modernas.³

El libre comercio como panacea

Casi todas las victorias en el campo de batalla son victorias pírricas, ya que las riquezas expoliadas a los vencidos no compensan ni por asomo las pérdidas en vidas humanas que también sufren los vencedores. A menudo los beligerantes se

ven inmersos en un torbellino de violencia donde la guerra se presenta como la única solución. Sin embargo, esto sucede porque no se ha comprendido plenamente que ambos—vencedor y vencido—estarían en una mejor situación, tanto material como mental, si no hubiesen luchado. Probablemente, la única excepción a esto se da cuando la guerra deja de ser un medio para convertirse en un fin. Es este el caso de los fanatismos religiosos, ideológicos y raciales, donde el exterminio o la coacción del enemigo es el único objetivo. Para este tipo de fanatismos sectarios, como lo son todas las variantes del fundamentalismo, es la paz la que resulta intolerable. En este contexto, la guerra se vuelve más bien una defensa necesaria contra la agresión de los intolerantes. La lógica de las acciones humanas es tan absurda que a veces incluso las guerras tienen sentido. Lo único que no puede ser tolerado es la intolerancia misma.

“El comercio es la gran panacea,”⁴ proclamó con entusiasmo Richard Cobden, el gran político inglés del siglo XIX, como una forma de transmitir la optimista percepción que se tenía del comercio en este período. Los economistas de la escuela clásica enfatizaban que el libre comercio propicia la *creación* de riqueza, mientras que la guerra simplemente efectúa su *transferencia*. A este respecto, Thomas Sowell afirma que el imperialismo es un esfuerzo perdido ya que “inhibe su creación concentrándose en su apropiación.”⁵ Habría que agregar que además de *transferencia*, toda guerra conlleva *destrucción* de riqueza, y por esta razón ni siquiera puede considerársele un juego de suma cero. En efecto, se debe en buena medida al comercio el clima de prosperidad y la ausencia de guerras generalizadas durante el siglo que transcurrió entre

las Guerras Napoleónicas y la Primera Guerra Mundial.

La interdependencia que existe entre los individuos como consecuencia del comercio y de la división del trabajo, actúa como un poderoso incentivo para la preservación de la paz: aunque un individuo tenga motivos para agredir al panadero o al carnicero puede verse disuadido de sus intenciones ya que su bienestar puede depender de los servicios que le prestan incluso sus más odiados enemigos. Obviamente esto es más cierto en una comunidad pequeña, pero en un mundo globalizado, el mismo argumento puede aplicarse a las naciones, ya que el comercio y la división internacional del trabajo generan el mismo tipo de interdependencia.⁶

Todo lo anterior parece indicar que sólo en un ambiente de paz es posible una cooperación social extensa y sin restricciones. Sería entonces una buena estrategia eliminar las barreras al comercio para estrechar los lazos entre las naciones, ya que quien depende de otro tiene razones para desear su supervivencia, y mientras mayor sea la dependencia más fuertes serán sus razones. Al estallar una guerra, el comercio se ve reducido o eliminado, y las naciones se vuelven sobre sí mismas. Por otro lado, la historia muestra que los esfuerzos de los países por lograr la autarquía han ido comúnmente acompañados de intenciones hostiles hacia otras naciones.⁷ Existe pues *una estrecha relación entre comercio y paz, e inversamente, entre guerra y autarquía*, y la comprensión de este fenómeno es indispensable para alcanzar la concordia universal.

Las TNCs juegan aquí un papel importante ya que su ubicuidad hace que tengan un fundamental interés en el libre comercio; las transnacionales deben su

existencia al comercio y no se les puede concebir separadamente de él. Sus características como grupos de presión inciden, *en este caso*, de manera positiva ya que no les conviene que entren en guerra países en los cuales poseen inversiones⁸ y de cuya interacción económica se benefician. Al verse directamente afectadas por el conflicto utilizarían todos los medios a su alcance para impedirlo ya que tendrían suficientes razones e incentivos para mediar en una solución pacífica. No hay que olvidar que los incentivos económicos son un estímulo poderoso y pueden servir a la paz cuando las posiciones no son irreconciliables. Es fácil imaginar, en este escenario, a las TNCs sirviendo de enlace entre los gobiernos beligerantes y participando activamente en la preservación de la paz.

Las TNCs, el libre comercio y la paz

Todas las épocas han tenido sus propios demonios; temores infundados que aterrizan a las masas e incluso a las mentes mejor informadas. Nuestros demonios no son bestias mitológicas, brujas o dragones, sino ejecutivos de corbata animados por intenciones tan perversas como las del peor hechicero de la Edad Media. Ultimamente han proliferado los pronósticos alarmistas sobre magnates multimillonarios, que con una mezcla de poder económico y control de la información, someterán a los gobiernos y se adueñarán del planeta. En la era de la globalización, nuestros modernos demonios son las Corporaciones Transnacionales, las cuales son presentadas como las hijas bastardas de la libertad y el mercado. "Las corporaciones son como los dominios feudales que se convirtieron en naciones-estado; son nada menos que la vanguardia de una nueva organización darwiniana de

la política,"⁹ afirma Robert D. Kaplan, quien nos alerta además sobre la aparición de un "gobierno mundial" ejercido por las transnacionales.¹⁰ David Korten sin duda exagera al definir a las transnacionales como "una entidad alienígena con un sólo objetivo: reproducir dinero para nutrirse y replicarse a sí misma."¹¹ Sin embargo, los temores que despiertan estas leviatánicas corporaciones no sean quizás del todo infundados.

Algunos indicadores sobre estas compañías son, si no aterradores, cuando menos impresionantes debido a las desahoradas dimensiones que han alcanzado. De las 100 economías más grandes del mundo, 51 no son países sino TNCs; en cuanto a ingresos anuales, de las 30 más grandes, apenas 11 países tienen el tamaño suficiente para figurar al lado de las TNCs.¹² La totalidad de las transnacionales controlan más de 2/3 del comercio mundial; tan sólo seis compañías controlan el 90 % del comercio de trigo. Están basadas principalmente en Europa Occidental, América del Norte y Japón, pero sus operaciones abarcan todo el planeta; por ejemplo, ABB de Suiza opera, mediante subsidiarias, en 140 países.¹³ Para 1995, las 200 TNCs más grandes controlaban más del 31% de la actividad económica mundial representada por el PNB.¹⁴ Estas cifras muestran que las TNCs son hoy en día gigantescos grupos empresariales que han acumulado, a lo largo de las décadas, inmensas cuotas de poder económico; y como era de esperarse, el poder económico va de la mano del poder político. Esto las convierte en poderosos grupos de presión, y la tendencia que muestran los datos indica que su poder será aún mayor en el futuro. Las TNCs, a diferencia de los gobiernos, no tienen que rendirle cuentas a los votantes, ya que no están sujetas a un mandato electoral que necesite ser renovado; su

poder emana de su capacidad para satisfacer las necesidades de los consumidores, y su dominio de la tecnología y la información. Sus dimensiones hacen que, al menos en teoría, sean capaces de someter a los gobiernos. Se les acusa, con razón, de utilizar el cabildeo político para obtener ventajas económicas en lo que se conoce como *rent-seeking*.¹⁵

No hay que olvidar que la aparición de las TNCs no obedece a un excéntrico capricho de los empresarios; las transnacionales surgieron como una respuesta a las necesidades de eficiencia de los mercados competitivos: la producción en masa y estandarizada permite aprovechar las economías de escala, las cuales a su vez hacen que sea posible vender a menores precios. La eficiencia que alcanzan en el desempeño de sus funciones hace que a menudo se les considere como la forma más evolucionada de hacer negocios. Sumado a esto, las TNCs son las entidades que mejor han comprendido la importancia y las implicaciones de la "Era de la Información" y han empezado a actuar en consecuencia. Las TNCs se han convertido, por méritos propios, en protagonistas de este fin de siglo, y estas cifras no invitan a dudar sobre el hecho de que se convertirán también en las grandes estrellas del próximo milenio. En el mundo globalizado en el cual operan la TNCs, lo que sucede en una región tiene repercusiones en todas las latitudes. Ya no se trata de un mundo dividido y aislado por la geografía. Funciona cada vez más como un organismo unificado e interdependiente que requiere la salud de todos sus miembros para funcionar adecuadamente. Ahora las crisis no necesitan alcanzar las proporciones de la depresión de los años 30 para afectar al resto del mundo. Cuando las interconexiones son cada vez más profundas, son suficientes los tropiezos de una economía relativa-

mente pequeña como la rusa para que los mercados se vean afectados. Las consecuencias son lógicamente más graves con crisis más serias como la del sudeste asiático. La estabilidad, asociada con el nivel de riesgo, es probablemente la mayor preocupación de los empresarios y esto la convierte en uno de los principales factores—además del rendimiento—para determinar las decisiones de inversión. La existencia de los ciclos de negocios que se traducen en crisis periódicas hace que el proceso de crecimiento económico sea doloroso para las víctimas de las turbulencias y los reajustes de los sistemas productivos. La estabilidad es uno de los más entrañables anhelos de los seres humanos, pero al mismo tiempo, una de las realidades de la vida en sociedad es la incertidumbre, la cual está ligada a la capacidad que tenemos de alcanzar nuestros objetivos. A medida que las TNCs controlan cada vez más las diferentes actividades del negocio en que se desenvuelven, se reduce la incertidumbre. Si una misma compañía controla todos los eslabones de la cadena productiva es menos probable que surjan adversidades que pongan en peligro la rentabilidad de sus operaciones. Ciertamente esto puede tener desventajas para la competitividad de los mercados, llevando a una concentración monopólica en determinados sectores, pero por otro lado, contribuye a la estabilidad global al reducir la probabilidad de eventuales crisis económicas. Sin embargo, hay que ser cautelosos ya que la manifiesta tendencia que tienen las TNCs hacia los monopolios puede terminar siendo peligrosa.

Las TNCs en la Aldea Global

La globalización unifica porque nos dirige hacia una estandarización cultural; a la famosa aldea global, que no es otra cosa que una atenuación de las diferencias entre los pueblos. Contra esta uniformización ya nos prevenía Wilhelm von Humboldt, quien estaba plenamente consciente de que son la libertad y variedad de situaciones las que dan vida a la originalidad, el vigor individual y la diversidad múltiple.¹⁶ A pesar de esta manifiesta tendencia a igualarse, es probable, y por supuesto también deseable, que estas diferencias no desaparezcan. El japonés de los años 90 es, sin duda, más similar al hombre occidental que el japonés de principios de siglo. Pero esta tendencia hacia la homogeneización pareciera tener límites; es decir que por el momento existen determinados rasgos de identidad cultural que no parecen estar en riesgo de desaparecer. Esto sugiere que la globalización cultural está limitada por las características propias de los pueblos involucrados. Aunque la estandarización cultural tenga límites infranqueables, *con la atenuación de la identidad nacional desaparece una ancestral fuente de conflictos*. La globalización permite un acercamiento al otro, lo cual posibilita una mejor comprensión y una mayor tolerancia. Las rivalidades entre naciones emanadas de sus *diferencias* han sido uno de los mayores motivos de las guerras a lo largo de los siglos. *Strictu sensu* la existencia de fines diversos (i.e., las diferencias entre los pueblos o los individuos) no son la *causa* de los conflictos, sino más bien una condición *sine qua non* para que éstos puedan darse. Si no se cumple esta condición, es decir, si no hubiese diferencias, tampoco habría guerras. Sin embargo, el precio de la paz sería demasiado alto: nos enfrentaríamos a la perspectiva de un “mundo perfecto”

como el que describe Aldous Huxley en su *Brave New World*, donde el precio de la “perfección”—la cual naturalmente incluye la paz—es la igualdad. Precio inadmisiblemente, que el género humano no puede y no debe permitirse pagar. No obstante, por fortuna, la causa de los conflictos no es, como decíamos, la existencia de fines diversos, sino la utilización de medios inaceptables para cualquiera de los involucrados.

Al igual que con el comercio, las TNCs tienen en la globalización un lugar preponderante ya que son por definición entidades globales. La esencia de su éxito estriba en que tienen una comprensión global y anticipada de los hechos, y actúan con una visión universal. *Al fomentar la globalización las transnacionales están también trabajando en pro de la paz.*

Como lo han señalado innumerables pensadores desde hace siglos, la diversidad, la individualidad, el pensamiento independiente, la originalidad, la polémica, son todos conceptos imprescindibles para el desarrollo de la humanidad. Pero al mismo tiempo nos preguntamos: ¿cuánto tendremos que esperar para que los seres humanos puedan resolver sus diferencias pacíficamente? Aunque la *paz perpetua* sea solamente una quimera, lo cierto es que se puede reducir significativamente el número de conflictos que azotan al planeta mediante la utilización de los incentivos adecuados. El libre comercio, la división del trabajo, las inversiones extranjeras directas, la globalización; todos apuntan hacia la integración y el acercamiento de las naciones. De nada sirve satanizar a las TNCs cuando parecen haber venido para quedarse y su contribución a la paz y al desarrollo económico sostenido es además tan importante. Su naturaleza misma las impulsa a promover consecuencias beneficiosas que no esta-

ban necesariamente dentro de sus intenciones originales. Lo que sólo lograron efímeramente y mediante la violencia algunos de los grandes imperios de la historia, se logra ahora, sin que nadie se lo proponga, por medio de la interacción económica.

Ciertamente las TNCs pueden desempeñar un papel más activo en la promoción de la estabilidad global y la paz, y si su poder continúa aumentando y desean preservar el orden social que hace posible su propia existencia, indudablemente lo harán, y asumirán cada vez mayores responsabilidades. Quizás esto sea pecar de optimismo; en todo caso no hay que descuidar a las corporaciones transnacionales ya que las grandes acumulaciones de poder en unas pocas manos degeneran en abusos si no existen los contrapesos necesarios.

George Bernard Shaw dijo una vez: "Algunos hombres ven las cosas como son y se preguntan por qué. Otros sueñan las cosas como podrían ser y se preguntan por qué no." A mi entender no existe nada en el género humano que le impida seguir realizando nuevas conquistas.

NOTAS

¹Para una explicación más detallada de dicha falacia véase la obra de Frédéric Bastiat, *Ce qu'on voit et ce qu'on voit pas* (Paris: Editions Romillat, 1994). El mismo razonamiento fue después retomado y ampliado por Henry Hazlitt en *Economics in One Lesson* (San Francisco: Laissez Faire Books, 1996), Cap. 2, "The Blessings of Destruction."

²Aunque la decisión de financiar dicha guerra haya sido seguramente equivocada, se hizo, según parece, con el propósito de mantener un equilibrio de fuerzas entre las potencias militares y aplacar los ímpetus del Imperio Ruso. La hegemonía continental quedó temporalmente en manos de los franceses después de la derrota sufrida por los rusos.

³Existen discrepancias en cuanto a la definición técnica de una TNC, pero usualmente se reconoce que debe de operar diferentes actividades en dos o más países y tomar sus decisiones gerenciales con un enfoque global.

⁴*The Political Writings of Richard Cobden* [1867] (New York: Kraus Reprint Company, 1969), p. 36.

⁵Thomas Sowell, *Reconsideración de la Economía Clásica* (Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1980), p. 8.

⁶El comercio y la división del trabajo no son la panacea que pretendía Cobden, sin embargo parecen quedar pocas dudas sobre si es o no un incentivo eficaz que actúa a favor de los intereses de la paz.

⁷Nótese, por ejemplo, el caso de la autarquía italiana bajo la dictadura de Mussolini, cuando se anexaron y se reivindicaron territorios.

⁸Según Rubens Ricupero, Secretario General de la UNCTAD (United Nations Conference on Trade and Development), las inversiones extranjeras directas han adquirido una importancia comparable a la del comercio en la integración económica internacional.

⁹Robert D. Kaplan, "Was Democracy Just a Moment?" *The Atlantic Monthly*, 280 (Dic 1997), pp. 55-80.

¹⁰Kaplan cita en su ensayo varios ejemplos de cómo las TNCs empiezan a ser percibidas por otras instituciones como verdaderos gobiernos. La Interpol, por ejemplo, ha considerado la posibilidad de cooperar en materia de inteligencia con ciertas corporaciones, y Amnistía Internacional reprende a las TNCs de la misma manera que lo hace con los gobiernos que violan los derechos humanos.

¹¹David C. Korten, "Rise of Corporate Power in America," *When Corporations Rule the World* (Kumarian Press, 1995).

¹²"Fortune's Global 500: The World's Largest Corporations," *Fortune* (Agosto 5, 1996), y *The World Fact Book* de la CIA.

¹³*World Investment Report 1997*. Este documento señala la existencia de 44,000 firmas matrices y 280,000 subsidiarias.

¹⁴*Le Monde Diplomatique* (Abril 1997), p. 16.

¹⁵En este sentido David Korten afirma que "la única manera en que se puede recaudar dinero para ganar una elección es apelando a los intereses corporativos, lo cual significa entonces que se está en deuda con ellos y hay que enfocarse en sus agendas" (*op. cit.*).

¹⁶Citado por John Stuart Mill, *Sobre la Libertad* (Madrid: Alianza Editorial, 1970), p. 128.